

Una afición lingüística de Jorge Luis Borges

Ignacio Díaz Ruiz

En un conciso prefacio a un diccionario enciclopédico, Jorge Luis Borges se muestra de cuerpo completo y se da tiempo para comunicar sus deseos y sus gustos: "Para un hombre ocioso y curioso (yo aspiro a ambos epítetos), el diccionario y la enciclopedia son el más deleitable de los géneros literarios".¹ El ocio y la curiosidad, ambos términos tomados de la mano, constituyen una singular clave para perfilar la erudición de este argentino y su desmesurada y entusiasta simpatía por las enciclopedias y los diccionarios. Su culto por la décima cuarta edición de la *Encyclopaedia Britannica* es célebre; sus referencias a diccionarios son constantes: el *Diccionario latino* de Quicherat, el *Diccionario enciclopédico hispano-americano* de Montaner y Simón, el *Dictionnaire des idées reçues* de Flaubert, entre otros.

Su afición por los idiomas y las gramáticas ha tenido también sus fuertes resonancias; así, por ejemplo, con ironía y humor, recoge de una gramática esta explicación sobre nuestro idioma: "No hay edición de la *Gramática de la Real Academia* que no pondere el envidiado tesoro de voces pintorescas, felices y expresivas de la riquísima lengua española".²

Él mismo, en su relato "Tlon, Uqbar, Orbis Tertius", construye la primera enciclopedia de Tlon. En fin, todo esto confirma la inherente afinidad de Borges con la cultura del libro. "Enciclopedias, Atlas, el Oriente / Y el Occidente, siglos, dinastías, / Símbolos, cosmos y cosmogonías / Brindan los muros pero inútilmente". Declara en cuatro líneas de su "Poema de los dones".³

Del libro a la enciclopedia, del manuscrito a la "Biblioteca de Babel", de la "Biblioteca Total" a "El Libro de Arena", Borges se nutre de libros, de literatura, de palabras; en cualquier y en todo texto borgiano aparecen

¹ Jorge Luis Borges, "Prefacio", en *Grijalbo Diccionario enciclopédico*. Barcelona, Grijalbo, 1986.

² Jorge Luis Borges, "El idioma analítico de John Wilkins", en *Ficcionario, una antología de sus textos*. Ed., introd., pról., y notas de Emir Rodríguez Monegal. México, FCE, 1981, p. 183.

³ Jorge Luis Borges, "Poema de los dones", en *El hacedor*. Buenos Aires, Emecé, 1960, p. 53.

siempre las referencias históricas, las citas poéticas, las anotaciones eruditas. El libro: "extensión secular de la imaginación y la memoria" del hombre, es el cimiento de la literatura de Borges. "Hay quienes no pueden imaginar un mundo sin pájaros; hay quienes no pueden imaginar un mundo sin agua; en lo que a mi se refiere soy incapaz de imaginar un mundo sin libros".⁴

La vocación libresca de Jorge Luis Borges se constata en efecto, a pie juntillas, en su apego a las enciclopedias, a los diccionarios y a las gramáticas; de este vastísimo culto deriva otra variante, surge otra devoción: develar el origen y el sentido primigenio de las palabras, descubrir y reflexionar sobre las etimologías.

116

En el texto "Borges y yo", uno de los dos protagonistas, el referido en primera persona, suscribe: "Me gustan los relojes de arena, la tipografía del siglo XVIII, las etimologías, el sabor del café y la prosa de Stevenson".⁵ Además de esta enumeración de preferencias, donde subrayo las etimologías, en su ensayo "Sobre los clásicos" anota: "Escasas disciplinas habrá de mayor interés que las etimologías; ello se debe a las imprevistas transformaciones del sentido primitivo de las palabras a lo largo del tiempo".⁶

Estas afinidades nos remiten a la curiosidad y el ocio, aspiraciones borgianas antes enunciadas, y a puntualizar el magisterio de este prosista y poeta, profundo conocedor del sentido primero y último de las palabras, cuya afición etimológica, expresada tácitamente en todos sus escritos, se manifiesta en el uso exacto del epíteto, la inédita metáfora, los felices hallazgos, los engranajes perfectos de su escritura; o por el sentido o sentidos que con sus palabras invoca.

En primer término comenta que la etimología, como disciplina que explica el origen de las palabras, que da razón de la existencia, de la significación y de la forma de los vocablos, tiene un carácter paradójico o contradictorio: "Los implacables detractores de la etimología razonan que el origen de las palabras no enseña lo que éstas significan ahora; los defensores pueden replicar que enseña, siempre, lo que éstas ahora no significan".⁷

Con esta afirmación inicia su ensayo "Definición del germanófilo", que da pie, precisamente, para explicar que germanófilo no es, en rigor, lo que puede deducirse de su etimología (este artículo fue publicado en "El

⁴ Jorge Luis Borges, "Prefacio", en *op. cit.*

⁵ Jorge Luis Borges, "Borges y yo", en *El hacedor*. Buenos Aires, Emecé, 1960, p. 50.

⁶ Jorge Luis Borges, "Definición del germanófilo", en *Ficcionario*, ed. cit., p. 166.

⁷ *Idem.*

hogar”, en 1940, cuando el ejército alemán ocupaba gran parte de la Europa Occidental).

Con el juego de contradicciones, Borges prosigue la caracterización de la etimología para, incluso, afirmar su inutilidad: “[...] de nada o de muy poco servirá para la aclaración de un concepto el origen de una palabra”.⁸

Jorge Luis Borges, detractor de la etimología, recurre, sin embargo, a ella para construir amables ejercicios; no sin humor, este prosista se convierte en un arqueólogo del lenguaje y elabora brevísimos juguetes, pequeñas arquitecturas, alrededor del origen de las palabras. La etimología, según su parecer, enseña:

Que lo pontífices no son constructores de puentes; que las miniaturas no están pintadas al minio; que la materia del cristal no es el hielo; que el leopardo no es mestizo de pantera y de león; que un candidato puede no haber sido blanqueado; que los sarcófagos no son lo contrario de los vegetarianos; que los aligatores no lagartos; que las rúbricas no son rojas como el rubor; que el descubridor de América no es Amerigo Vespucci y que los germanófilos no son devotos de Alemania.⁹

117

Sin duda esta letanía de negaciones merecería una detenida glosa; pero también es cierto que la esencia de este juego está precisamente en esa rigurosa concentración, magnífico proceso enumerativo, y sobre todo en esa capacidad de síntesis tan preciada, anhelada y lograda por Borges.

En cambio, los vasos comunicantes de sus propios textos nos llevan a establecer algunas relaciones, por ejemplo: “que las rúbricas no son como el rubor”, encuentra su resonancia, su aclaración y negación en el relato “Tema del traidor y del héroe”, donde acerca del protagonista, escribe: “[...] y que su muerte rubricaría; [...] un balazo anhelado entró en el pecho del traidor y del héroe, que apenas pudo articular, entre dos efusiones de brusca sangre, algunas palabras previstas”.¹⁰ Aquí, el propio Borges muestra una rúbrica tan encarnada como el rubor.

Otra enumeración, suma de las preocupaciones temáticas de Borges, ilustra también el uso lúdico que este maestro hace con las etimologías.

Saber que cálculo, en latín, quiere decir piedrita y que los pitagóricos las usaron antes de la invención de los números, no nos permite dominar

⁸ Jorge Luis Borges, “Sobre los clásicos”, en *Obras completas, 1923-1972*. Buenos Aires, Emecé, 1974.

⁹ Jorge Luis Borges, “Definición del germanófilo”, en *ibid.*, p. 166.

¹⁰ Jorge Luis Borges, “Tema del traidor y del héroe”, en *Ficciones*. 6a. ed., Buenos Aires, Emecé, pp. 134-135.

los arcanos del álgebra; saber que hipócrita era actor, y persona, máscara, no es instrumento valioso para el estudio de la ética. Parejamente, para fijar lo que hoy entendemos por clásico, es inútil que este adjetivo descienda del latín *classis*, flota, que luego tomaría sentido de orden (recordemos, de paso, la información análoga de *ship-shape*).¹¹

En este breve compendio se traslucen los saberes de Jorge Luis Borges, sus conocimientos del latín, del griego, del inglés; su afinada pasión por las palabras, sus afanes por develar sus sentidos, pero sobre todo la innegable capacidad para hacer estas suertes, para sorprendernos con estas prestidigitaciones verbales.

Por otro lado, en una de sus últimas entrevistas, recientemente publicada, abunda en este tipo de dilucidaciones que destacan tanto el origen como el uso actual de algunos otros términos:

La palabra caribe, nombre de una tribu del Caribe. Ahora de caribe han salido dos palabras famosas en todo el mundo: canibal, antropófago y Calibán el personaje. Bueno hay otras etimologías raras. Tenemos la palabra blanca en castellano —es obvio que lo que significa, y la palabra *black* en inglés, que curiosamente procede de una misma raíz. Todos saben que *black* significa negro. Pues bien esa palabra al principio significó lo que no tiene color, y en inglés se corrió por el lado de la sombra: black, negro. En castellano, y en francés, y en italiano y en portugués se corrió para el lado la claridad y ahora quiere decir blanco”.¹²

Otro amable ejercicio de reflexión etimológica aparece al final de la entrevista mencionada, donde continúa su notable juego y pone al descubierto su ingenio y su nada despreciable habilidad para glosar el origen de algunas expresiones: “Y hay una palabra muy desagradable, la palabra náusea. Y sin embargo esa palabra tiene un origen noble; procede de *navis* o *nawis*, porque uno siente náusea cuando está abordo, de igual modo que mareo tiene su noble origen en el mar”.¹³

Todo lo antes citado informa de las curiosidades lingüísticas y de los ocios literarios que Borges elabora con las etimologías, pero también es un sugerente indicio para entender su visión atenta, cuidadosa, microscópica, su vigilante cuidado por los sentidos y los significados de lo que escribe.

¹¹ Jorge Luis Borges, “Sobre los clásicos”, ed. cit., p. 772.

¹² José Antonio Cedrón, “La última charla de Jorge Luis Borges”, en *Plural*, 2a. época, vol. XVIII-IV, núm. 208. México, ene.-1989, p. 19.

¹³ *Idem*.

Como un joyero que se dispone a aquilatar una piedra preciosa, Borges analiza con sumo cuidado la antigüedad, el origen, las facetas, la calidad, el peso, la densidad de las palabras, para contrastar sus significados primeros con los actuales.

Como si fuera el aleph, el punto del espacio que contiene todos los puntos, el *multum in parvo*, el mundo en una cáscara de nuez; este escritor elige la palabra, la conoce, la utiliza, la sitúa, descubre sus posibilidades y percibe todos sus significados. Sus consideraciones etimológicas, en fin, constituyen una propuesta más para su ya provocadora e inagotable ficción literaria.

Borges, que padeció de bibliofilia, convirtió a la bibliografía en un recurso formal para su literatura, tuvo tentaciones de bibliómano, trabajó como bibliotecario, dirigió la Biblioteca Nacional de su país, hizo de la Biblia un surtidor de temas, leyó en las bibliotecas de sus sueños y se figuró el Paraíso bajo la especie de una biblioteca; vivió nutrido por enciclopedias, libros y diccionarios donde la Etimología tuvo su innegable lugar.